

Por otra parte, la disparidad en el nivel de las obras que componen las listas bibliográficas es notable; junto a obras de divulgación aparecen publicaciones de profunda especialización. Sin contar con que algunas obras o ediciones pueden consultarse sólo en algunas grandes bibliotecas. Con un asterisco se indican algunas "obras de carácter general".

El índice onomástico es bueno; el analítico, pobre. Un apéndice con seis páginas de texto en total, nos da una "Visión panorámica de la historia de la filosofía". Creemos que un cuadro histórico lo hubiera reemplazado con mucha ventaja.

No cabe duda de que la obra que comentamos puede ser muy útil para aquellos docentes que quieran renovar su enfoque en la exposición de la filosofía. En este sentido hay aquí muchísimos elementos aprovechables. En lo que respecta a los estudiantes, o al público no versado en las disciplinas filosóficas, nos parece que el libro los desbordará en dos sentidos: la dificultad del texto (su lectura presupone muchos elementos de filosofía), y el criterio con el que se tratan los temas (en muchos casos, la discusión que el autor propone desorientará al no iniciado). El tratamiento de algunos temas constituye un verdadero hallazgo.

En resumen: una orientación para el profesor, y un libro que, bien comentado y aclarado, puede constituir un excelente texto.

OMAR ARGERAMI

JAMES C. DOIG, *Aquinas on Metaphysics*, Martinus Nijhoff, *The Hage, Netherlands*, 1972, 417 pp.

En los numerosos estudios con que hoy contamos sobre los escritos de Santo Tomás figuran algunos párrafos, más o menos extensos, sobre el *Comentario* que dedicara a la *Metafísica* de Aristóteles. Indican las versiones latinas utilizadas, fundamentalmente la de Guillermo de Moerbeke, su ubicación cronológica, sus temas principales. Pero, aunque subrayen su importancia, de hecho no conceden a esta obra mucha atención. Hasta ahora no había sido objeto de un tratamiento pormenorizado como el que nos presenta el doctor Doig. La razón de esta ausencia radica en la idea corriente, aun mantenida por Gilson, de que el Aquinense se limitó a exponer objetivamente el pensamiento aristotélico. Sin embargo, Grabmann ya había sostenido hace años que la obra debe considerarse como la expresión de las posiciones originales del Santo. Más recientemente, Turner afirmó que se trata de un comentario objetivo en el que se incluyan ideas originales.

El autor de este estudio, que sin duda abre una etapa en las investigaciones tomistas, se propone esclarecer el propósito de Santo Tomás al comentar, al fin de su vida, la *Metafísica* del Estagirita. Realiza un análisis profundo y erudito, pero de gran claridad y fácil lectura, dividido en tres partes. La primera, histórico-crítica, establece que el texto comentado responde a cinco (y tal vez seis) versiones latinas, la *Vetustissima*, la *Vetus*, la *Media*, la *Arabiga* o *Nova* y la enigmática *Litera Boethii* (que algunas identifican con una u otra de las dos primeras, pero que podría ser otra traducción). Este resultado se completa con una meticulosa fijación de las fechas de redacción de cada una de las partes del *Comentario*, compuesto entre fines de 1270 y principios de 1272.

Tras realizar un cuidadoso examen de los tres comentarios que el Santo utilizó al componer el suyo, los de Avicena, Averroes y San Alberto Magno, llega a la conclusión de que la actitud del Aquinense frente a ellos (aun cuando acepte muchos de sus puntos de vista) no solamente es distinta, sino fundamentalmente adversa. Confirma esta aseveración un detallado análisis del *Proemium*, donde se fijan las posiciones capitales del *Comentario*. El estudio de las dos primeras lecciones del libro IV le permite detallar las diferencias entre la obra tomista y los tres comentarios citados, tanto en la determinación del objeto de la Metafísica, como en la relación de esta disciplina con las demás ciencias filosóficas y aun en el método utilizado. Esta segunda parte de la obra está llena de sugestivas observaciones.

Una tercera parte está dedicada a detectar la intuición básica de Santo Tomás al redactar el *Comentario*; surge de los análisis que es su concepción del ente como "esencia actualizada" por el acto de ser que confiere realidad y que en Dios es idéntico a la esencia; por lo tanto la noción de ente incluye al *esse* como constitutivo y expresa un juicio implícito, "esto es". De ahí que la Metafísica, como saber del ente en cuanto ente trate del ente como "separado" de toda materia, aun cuando lo estudie en su realización corpórea. Por ello es un saber distinto de los demás, que estudian tipos de entes determinados.

Los resultados de las tres partes anteriores llevan al autor a establecer conclusiones. Ante todo, que Santo Tomás redactó su *Comentario* a la luz de una síntesis metafísica bien definida, contraria a las interpretaciones propuestas en las obras similares de Avicena, Averroes y San Alberto Magno. Luego, que esta síntesis no es la original de Aristóteles; sin embargo no vacila en atribuírsela y no hay indicios de que haya tenido conciencia de esta inexactitud histórica. Todo parece indicar que el Aquinense creía exponer objetivamente al Estagirita, cuya doctrina (que no es tal) acepta y hace suya.

Esta breve reseña de la obra de Doig bastará para señalar su real importancia. Como anotaba antes, abre, a mi juicio, una etapa en los estudios tomistas, poco atentos al verdadero sentido de los diversos comentarios a otros autores redactados por Santo Tomás. En este caso se trataría de una obra positivamente polémica, en la que el Aquinense presenta su interpretación personal de Aristóteles, que cree auténtica y por ello enfrenta a las demás que difieren de ella. Sería deseable que estudios de esta índole, dedicados a los demás comentarios y aun a las restantes obras del Santo Doctor, orientasen la labor de la legión de sus seguidores y estimulasen sus afanes investigativos.

Numerosos puntos tratados por Doig atraerán, sin duda, el interés de los estudiosos; desearía señalar, al menos uno: la distinción entre el *esse* como dato bruto (como "estar ahí" o "presencia") y el *esse* como acto que confiere su realidad a las cosas. Es interesante observar la semejanza de esta distinción con la establecida por Maritain en su obra póstuma (de la que trataré en una próxima entrega de esta revista) entre el *esse* como *Dasein* y el *esse* como *Sein* (y aun con la que señalé hace seis años en estas mismas páginas entre *existencia* y *ser*, apoyando una idea de Fabro).

Creo que el autor habría podido utilizar, para aclarar el sentido de la inclusión de Dios en el *sujeto* de la Metafísica y su exclusión del *objeto*, lo indicado por el Aquinense en su comentario a los *Analíticos Posteriores*: el "sujeto" de una ciencia es lo estudiado por ella; el "objeto" es el conjunto de predicados demostrativamente atribuibles al sujeto, siendo el primero su definición, que por ello tiene función "formal", mientras que los demás ejercen función "material" (concepción deformada en las clásicas exposiciones de "objeto formal" y

“objeto material”). También me parece poco feliz la descripción del *ente* como “esencia actualizada”, ya que pone el acento en la esencia, cuando para Santo Tomás lo decisivo es el acto de ser.

Debemos estar agradecidos al doctor Doig por su importante contribución al conocimiento del tomismo auténtico y a la editora Martinus Nijhoff por la excelente presentación de esta obra.

GUSTAVO ELOY PONFERRADA

F. CANALS VIDAL, *Historia de la Filosofía Medieval*, Curso de Filosofía Tomista, Herder, Barcelona, 1976, 337 pp.

El meritorio *Cours de Philosophie Thomiste*, que habían comenzado a publicar los Profesores de la Facultad de Filosofía del *Institut Catholique* (Universidad Católica) de París, parece condenado a quedar definitivamente inconcluso en su edición original. El prematuro y lamentable deceso del P. Grenet y el cambio de orientación de una Facultad creada para difundir el tomismo, pero que en la actualidad sólo cuenta con un titular que responda a esta línea, el P. Verneaux, a punto de jubilarse (aunque, como contrapartida, un grupo de laicos ha fundado en París una Facultad Libre consubstanciada con el sentir de la Iglesia en el aspecto intelectual, que ya cuenta con aprobación oficial y triplica en alumnado a la del *Institut*) han provocado esta situación.

Sin duda esta interrupción ha movido a la Editorial Herder a llenar los vacíos, por fortuna escasos, de una colección de manuales que responde a una auténtica necesidad filosófica. Para el caso de la *Historia de la Filosofía Medieval* ha logrado la colaboración del Dr. F. Canals Vidal, Catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona, que con verdadera maestría, aunque con las lógicas limitaciones de extensión exigidas por el carácter de la colección a la que la obra pertenece, expone la evolución de un pensamiento extraordinariamente rico en variantes y múltiple en tendencias, que se extiende desde el siglo primero de nuestra era hasta el Renacimiento.

El *primer* capítulo estudia la filosofía de la época patristica; el *segundo* se detiene en San Agustín; el *tercero* muestra la transición del mundo antiguo a la cristiandad medieval; el *cuarto*, la primera escolástica; el *quinto*, el pensamiento árabe y judío; el *sexto*, las grandes síntesis del siglo XIII; el *séptimo*, la obra de Santo Tomás; el *octavo*, la tendencia científica y la continuación de la escuela franciscana; el *noveno*, la crisis nominalista y el fin de la edad media. Como *apéndice*, expone la escolástica renacentista y de principios de la edad moderna. Este agregado establece la continuidad con los otros manuales de la colección, en los que no tiene cabida este período.

Todos los que hemos realizado la experiencia de exponer a nivel universitario el pensamiento medieval sabemos que la abundancia de autores y la diversidad de líneas (y también de vocabulario) impone al historiador del medioevo la ardua y delicada tarea de calibrar la real importancia de cada filósofo y de cada tendencia para orquestar un conjunto tremendamente heterogéneo, transformándolo en un todo ordenado y armónico. Porque es indudable que existe una unidad en la multiplicidad: pese a sus divergencias, ningún pensador medieval deja de reconocer que sus adversarios coinciden con él en afirmar que el universo de lo real es una totalidad inteligible, que tiene su culminación en Dios, que es función del entendimiento humano desentrañar la realidad y alcanzar así la verdad.